



Curso E-Quip de Fe y Vida Cristiana Ortodoxa

UNIDAD 3A: DOCTRINA

65: La Trinidad y el Espíritu Santo

La Santa Trinidad

La Iglesia Ortodoxa tiene razón cuando afirma que la Trinidad es un asunto de doxología dentro de la Iglesia - o sea, concierne a la adoración y, por lo tanto, también, a la experiencia. Fue el encuentro con el Cristo vivo lo que convenció a un grupo de judíos monoteístas que Jesús era Dios junto con el Padre. Fue la experiencia de ser llenados con el Espíritu Santo en Pentecostés la que convenció a estos discípulos que Dios seguía presente con ellos en este Don y que debían atribuirle la divinidad al Espíritu Santo también. Curiosamente, mucho más tarde cuando San Basilio escribió sobre la Trinidad justificó darle gloria AL Padre, AL Hijo y AL Espíritu Santo apelando a la práctica recibida por la Iglesia en la adoración. Considerable parte de la obra sobre la doctrina de la Santa Trinidad en los primeros siglos tenía como objetivo articular y presentar esta experiencia vivida en términos monoteístas sin comprometer la realidad tripersonal de Dios como ha sido revelada.

Desde esta perspectiva, podemos llegar a la conclusión de que los heterodoxos que niegan la Trinidad no han encontrado al Cristo vivo que salva solo como Dios puede, y que no han sido llenados con el Espíritu Pentecostal que imparte santidad como solo Dios puede. No existe otro camino seguro. Por supuesto, esta mismísima ruta por la cual hemos llegado a la doctrina de la Trinidad también atraviesa el enorme territorio de la historia de la salvación desde el Antiguo Testamento hasta el Nuevo y hasta la era moderna. No tenemos la oportunidad aquí de trazar detalladamente esta trayectoria, pero es importante que examinemos ciertos hitos clave los cuales expresan esta revelación de Dios en su desarrollo y su realización.

En el Antiguo Testamento, existen inferencias e indicios, alusiones y sugerencias, pero no una doctrina desarrollada de la Trinidad como tal, pues tuvo que esperar hasta la Encarnación y Pentecostés para tomar forma. No obstante, existen algunas referencias importantes. En la historia primaria del Génesis, capítulos 1 al 11, se hace referencia a Dios como el Único que ocasionalmente habla en forma plural (1:26, 3:22, 11:6-7). Considerando que el trasfondo para esto son las formas de pensamiento y las expresiones de una cultura politeísta precedente (los Elohim), es significativo que los compiladores bíblicos retuvieran estas expresiones quizás

porque en cierto sentido las diferenciaciones dentro de la Divinidad tenían razón de ser. Por supuesto, a lo largo del Antiguo Testamento, se muestra que Dios actúa por medio de su Espíritu y habla por medio de su Palabra. En la época en que llegamos a la dispensación del Mesías y al Nuevo Testamento, estas diferenciaciones del Espíritu y la Palabra asumen una forma notablemente personal, distintas del Padre en cuanto a su origen atemporal, pero aún en esencia un solo y eterno Dios. Esta personalización es un aspecto necesario de la Encarnación misma, la cual a su vez depende de la pregunta cristológica crucial: “¿Quién es el Hijo del Hombre?” de la misma manera, el Espíritu Santo es personificado como el don divino dado a la Iglesia en Pentecostés, provocando una pregunta semejante: “¿Quién es este que nos transforma?”

Al tratar de comprender la Trinidad “a través de las etapas de la antigua alianza, la revelación del Nuevo Testamento, y la vida de la Iglesia,” el Padre Boris Bobrinsky ha recalcado que:

Debemos ser cuidadosos de no resbalar hacia el punto de vista corriente, ampliamente [y equivocadamente] aceptado de que el Padre actuó en la antigua alianza, el Hijo trajo la redención y el Espíritu Santo da vida a la Iglesia. En realidad, estas tres “etapas” o “épocas” de la historia de la salvación se caracterizan todas por la acción común de las tres personas divinas: (1) el Espíritu inspira a los profetas: como lo diría el Salvador a su vez, “Investigáis las Escrituras ... ellas son las que dan testimonio de mí” (Juan 5:39); (2) Jesús lleva a cabo su obra de salvación en obediencia y unión con el Padre y el Espíritu; (3) en la época de la Iglesia, el Espíritu nos hace estar en conformidad con Cristo y nos convierte en hijos adoptivos del Padre.¹

De esta manera, una cuidadosa lectura del Antiguo y el Nuevo Testamentos confirma su unidad al presentar y aclarar “la acción común de las tres personas divinas.”

Es útil que comprendamos que:

Las raíces del Trinitarismo Cristiano se encuentran en las muchas referencias al Hijo y al Espíritu de Dios. Las últimas son diversas y a menudo enigmáticas, pero es claro, por lo general, que hacen referencia poderosamente a la divina presencia que opera en el mundo, especialmente cuando se trata de creación o santificación...²

Cuando los Padres de la Iglesia comenzaron a tomar en consideración con gran cuidado y atención la cuestión de la Santa Trinidad lo hicieron respetando el testimonio de los primeros cristianos y no sencillamente al examinar solo los textos de las Escrituras. Muchos de estos primeros cristianos sellaron su confesión de fe en el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo con su propia sangre como mártires. Antes que la triple unidad de Dios pudiera ser reconocida la doble unidad del Padre y el Hijo necesitaba ser comprendida y vivida:

¹ Padre Boris Bobrinsky, “God in Trinity,” pp. 49-62 en Mary B. Cunningham & Elizabeth Theokritoff (Eds.), *The Cambridge Companion to Orthodox Christian Theology* (Cambridge: Cambridge University Press, 2008), pp. 49-50.

² Padre John Anthony McGuckin, “Trinity,” en *The Westminster Handbook to Patristic Theology* (Londres: Westminster John Knox Press, 2004), p. 338

Fue la centralidad de la enseñanza de Jesús sobre la naturaleza de Dios el Padre, y su propia condición implícita [i.e. la de Jesús] como Hijo, la que realmente proveyó el primer punto focal para la reflexión cristiana sobre el concepto de Dios revelado en Cristo. La relación del Hijo con el Padre proveyó, de esta manera, una estructura de pensamiento binitario [i.e. doble] en relación con Dios...³

Al edificar sobre esta comprensión binitaria inicial de Dios, los primeros maestros de la Iglesia como San Ireneo de Lyon (de ascendencia apostólica a partir de San Juan el Teólogo a través del hieromártir San Policarpo) hablaron consecuentemente en términos trinitarios respecto a Dios.

El Padre Boris ha señalado que San Ireneo (c. 130-c.200) ha enfatizado enérgicamente en la acción conjunta de las tres personas de la Trinidad:

El Padre planifica y ordena, el Hijo lleva a cabo y crea, mientras que el Espíritu alienta y acrecienta, y por grados, el hombre asciende hacia el Único Perfecto. Todos los tres actúan simultáneamente, pero cada uno actúa de forma particular.⁴

Más tarde, San Atanasio el Grande (c. 296-373) “incansablemente reafirmó la divinidad completa e igual del Padre, el Hijo y el Espíritu Santo en contra de una gran variedad de puntos de vista teológicos diferentes,” especialmente los de Arrio.⁵

Además, San Basilio el Grande (c. 330-379) confesó la igualdad en la Divinidad de las tres hipóstasis al mostrar como la Iglesia siempre había gloria a cada hipóstasis como un solo Dios en la adoración de los servicios de la Iglesia y en la oración de forma mucho más general. El compañero de San Basilio, el Padre Capadocio San Gregorio Nacianceno (329/330-389/390) estableció un patrón acerca de cómo nuestra comprensión de la doctrina de la Trinidad y el lugar del Espíritu Santo creció a lo largo de muchos siglos:

El Antiguo Testamento proclamó al Padre abiertamente, y al Hijo más oscuramente; el Nuevo manifestó al Hijo, y sugirió la deidad del Espíritu. Ahora el Espíritu mismo habita entre nosotros, y nos provee con una clara definición de Sí mismo.⁶

³ McGuckin, p. 338.

⁴ Padre Boris Bobrinsky, p. 50. El resumen del Padre Bobrinsky del pensamiento de San Ireneo está tomado de *Contra las Herejías* IV.38.3. Vea también del Padre Boris en inglés, *The Mystery of the Trinity: Trinitarian Experience in the Biblical and Patristic Tradition* (Crestwood, NY: SVSP, 1999), *The Compassion of the Father* (Crestwood, NY: 2003) y *The Mystery of the Church: A Course in Orthodox Dogmatic Theology* (Crestwood, NY: SVSP, 2012), estas tres obras han sido traducidas del francés por A. P. Gythiel.

⁵ Augustine Casiday, “Church Fathers and the shaping of Orthodox theology,” pp. 167-187 en Mary B. Cunningham & Elizabeth Theokritoff (Eds.), *The Cambridge Companion to Orthodox Christian Theology* (Cambridge: Cambridge University Press, 2008), p. 168.

⁶ San Gregorio Nacianceno, *Discurso* 31, 26; citado por Casiday, p. 170.

Como ha reflexionado Augustine Casiday:

Gregorio [de Nacianzo] explica de esta manera la manifestación de la Trinidad como la revelación del Espíritu Santo que habita en medio de los cristianos. Basilio nos ofrece esta descripción significativa de lo que sucede [en cada persona] como resultado de la inhabitación del Espíritu Santo: “Así como cuando un rayo de sol cae sobre los cuerpos claros y transparentes, ellos mismos se hacen brillantes también, y emiten un resplandor de ellos mismos, así las almas en las cuales habita el Espíritu, iluminadas por el Espíritu, ellas mismas se vuelven espirituales, y envían su gracia a las demás. De ahí viene el conocimiento previo del futuro, la comprensión de los misterios, la percepción de lo oculto, la distribución de los buenos dones, la ciudadanía celestial, un lugar en el coro de los ángeles, gozo sin fin, la morada en Dios, la semejanza con Dios, y, lo más elevado de todo, convertirnos en Dios.”⁷

En la siguiente clase la inmensa importancia de aplicar la doctrina de la Trinidad a nosotros mismos, a nuestra cultura y al universo será tenida en consideración con mayor amplitud. Como San Atanasio el Grande escribió de Cristo: “Se hizo hombre para que podamos ser hechos divinos.”⁸

Estos testigos, en sus vidas, enseñanzas y predicación, fueron suficientes para que la Iglesia se dedicara a la tarea de refutar con argumentos razonados a varios herejes que se habían impuesto a los creyentes vulnerables desde el mismo principio. Entre estos se destacaban los Monarquianistas que no podían ver cómo el Hijo o el Espíritu podían ser iguales al Padre y los Sabelianos o Modalistas que negaban la realidad tripersonal de Dios al suponer que Dios tomó diferentes máscaras o modos, convirtiéndose sucesivamente en el Padre, luego en el Hijo, y más tarde en el Espíritu, pero no simultánea, distintiva y coeternamente.

¡A medida que la Iglesia comenzó a lidiar con estos asuntos en serio, nunca perdió de vista la fe que había sido entregada a la comunión de los santos, puesto que permaneció en unidad con ese gran cuerpo de santos! El testimonio de los apóstoles, los mártires, los santos, los grandes maestros de la Iglesia y las vidas de los cristianos corrientes informaron y controlaron constantemente sus reflexiones y sus formulaciones teológicas para las generaciones venideras a medida que, sucesivamente, diferentes herejías sufrían altibajos. La reflexión madura subsiguiente de la Iglesia a través de estas controversias fue que debía hacerse una distinción entre la esencia de Dios (*substancia* en latín) la cual permanecía simple, indivisa y única y las diferenciaciones hipostáticas o personales del Padre, el Hijo y el Espíritu Santo que compartían la plenitud de esta esencia por igual. Los atributos exclusivos de las hipóstasis individualmente tenían que ver con los procesos o relaciones que eran únicos para cada una. Por lo tanto, el Padre era ingénito al no tener origen, el Hijo era engendrado del Padre y el Espíritu procedía del Padre

⁷ Casiday, p. 170, que cita a San Basilio de Cesarea, *Sobre el Espíritu*, 9.23.

⁸ Atanasio de Alejandría, *Sobre la Encarnación* 54; citado por Casiday, p. 168.

pues ambos tenían una Fuente atemporal, el Padre solamente. Se hacía referencia a la propiedad exclusiva del Padre como ingénito y la fuente atemporal de las otras hipóstasis en la teología patristica como la "monarchia" o monarquía de Dios. Es el principio que hace que los ortodoxos rechacemos la adición del "filioque" (latín: "y del Hijo") al Credo Niceno en el Occidente lo cual supone que el Hijo con el Padre hacen proceder al Espíritu; y regresaremos a este asunto en breve.

La diferencia entre otras dos propiedades exclusivas de las hipóstasis trinitarias - *engendrado fuera del tiempo* en relación con el Hijo y *procedencia atemporal* en relación con el Espíritu - no han sido reveladas y; por lo tanto, como San Juan Damasceno ha enfatizado, no es conocida. No obstante, desde todo punto de vista, la Trinidad actúa como una y la asignación de ciertas funciones a determinadas hipóstasis que actúan de forma independiente o incluso por un énfasis predominante (como en ciertas confesiones occidentales contemporáneas) es herético. Ya sea en el acto de la creación, la redención o la santificación, el Padre, el hijo y el Espíritu Santo actúan juntos como uno solo. No es permisible (de nuevo, como en algunas confesiones occidentales heterodoxas) sustituir "Padre, Hijo y Espíritu Santo" por "Creador, Redentor y Sustentador" en el intento equivocado de evitar el "patriarcado." Esto muestra la ignorancia manifiesta del carácter apofático de la teología (Dios es Padre, pero no es masculino) y un fracaso en captar la unidad relacional, funcional y ontológica de las personas consubstanciales a las cuales atribuimos un solo honor, una sola gloria y un solo poder.

Debido a la consistencia, lo que Dios es internamente también lo es externamente; si bien es cierto que en la Encarnación y todo lo que sigue externamente sobre la tierra, Él actúa en el tiempo, mientras que internamente, todo es eterno. Estos procesos y relaciones pueden ser expresarse con sentido práctico en términos de simples proposiciones. Dios el Padre está *por encima nuestro* en el sentido de que no desciende hasta nosotros. Dios el Hijo está *con nosotros* como Emmanuel - la Palabra hecha carne que trae la salvación a nuestra humanidad compartida. Dios el Espíritu está *en nosotros* y en toda la creación por el don pentecostal en la Iglesia y habita por siempre en el Cosmos. Las tres Personas Divinas poseen una existencia eterna, compartiendo igualmente la única esencia como el único Dios.

Como hemos explicado anteriormente, estas expresiones de la enseñanza trinitaria fueron refinadas en su forma duradera en el período niceno del siglo cuarto por los grandes Padres Capadocios - San Basilio el Grande, San Gregorio de Nisa y, especialmente, San Gregorio el Teólogo (Nacianceno). De modo característico, San Gregorio Nacianceno escribió acerca de la Santa Trinidad en estos términos - una expresión clásica que sigue siendo normativa para la Iglesia desde entonces:

Te doy esto para que lo compartas, y para que lo defiendas toda tu vida, un Único Dios y un Único Poder, hallado en los Tres en Unidad, y que comprende a los Tres separadamente, no desiguales,

en substancias o naturalezas, ni aumentados ni disminuidos por superioridades o inferioridades; en cada sentido iguales, en cada sentido el mismo; así como la belleza y la grandeza de los cielos es una sola; la infinita conjunción de los Tres Infinitos, cada uno Dios considerado en Sí Mismo; como es el Padre así es el Hijo, como es el Hijo así es el Espíritu Santo; los Tres, Un Solo Dios cuando son contemplados juntamente; cada Uno Dios porque son Consustanciales; Un Dios a causa de la Monarquía. No bien concibo al Uno y soy iluminado por el Esplendor de los Tres; no bien hago distinción entre Ellos y soy devuelto al Uno. Cuando pienso en Cualquiera de los Tres, pienso en Él como el Todo, y mis ojos se llenan, y la mayor parte de lo que pienso se me escapa. No puedo comprender la grandeza de Aquel Uno como para atribuir una mayor grandeza al Resto. Cuando contemplo a los Tres juntos, veo una sola antorcha, y no puedo dividir ni medir la Luz Indivisa.⁹

El poder y la verdad de esta caracterización de la Trinidad del siglo cuarto es una fuerte evidencia de la importancia de los discernimientos de Augustine Casiday:

Según una anécdota, a un visitante reciente a Monte Athos le dijo uno de los monjes allí, “Aquí todavía es el siglo cuarto.” Esta afirmación es, por supuesto, bastante necia de muchas maneras – pero, incluso así revela algo muy importante sobre la Ortodoxia. Porque hacer tal afirmación es al mismo tiempo presentar un importante hecho acerca de cómo los cristianos ortodoxos tienden a pensar sobre del pasado: el pasado fluye constantemente hacia el futuro y, al hacerlo, vive en el presente. El pasado no está prolijamente compartimentado y separado, como un objeto para el estudio imparcial. No es para negar la posibilidad de que los cristianos ortodoxos se dediquen al estudio histórico profesional y seriamente, incluso en el estudio histórico de la Ortodoxia. En cambio, es para reivindicar el proceso de apropiación continua del pasado que anima a la teología ortodoxa (y, quizás, para arrojar luz sobre por qué Jorge Florovsky consideraba que la teología histórica tenía una prioridad especial para los ortodoxos).¹⁰

A medida que estudiamos el desarrollo de la doctrina ortodoxa, es importante tanto que apreciemos las contribuciones pasadas como la posibilidad de futuras contribuciones – de cada uno de nosotros y de muchos más.

El Espíritu Santo y el Filioque¹¹

La cláusula del “filioque” (“y del Hijo”) que fue añadida unilateralmente al Credo Niceno por la Iglesia Latina inicialmente por decreto papal en el siglo VI y luego formalmente en el siglo XI, afirma que el Padre y el Hijo comparten algo negado al Espíritu, a saber, la misión de enviar otra hipóstasis, en este caso la procesión del Espíritu Santo Mismo. Tal herejía está en contradicción directa con la firme aseveración en el Evangelio de San Juan, capítulo 15, versículo 26, de que “el Espíritu de la Verdad ... procede del Padre.” Al edificar sobre este fundamento, San Gregorio

⁹ Gregorio Nacianceno, Discurso, 40:41.

¹⁰ Casiday, p. 167. El comentario del monje de Monte Athos ha sido tomado de C. Stewart, “‘We?’ Reflections on affinity and dissonance in reading early monastic literature,” *Spiritus I* (2001), 93-102, esp. 94.

¹¹ Un examen más detallado y exhaustivo del “Filioque” podemos encontrarlo en el Apéndice B de esta Unidad.

Nacianceno expone que “procesión” es el *proprium* [o sea, propio de] del Espíritu, así como la filiación es la característica única de la hipóstasis del Hijo. El Espíritu surge del Padre por medio de la procesión. Ambos, el Hijo y el Espíritu provienen del mismo Padre, y poseen la naturaleza de ese Padre como su propia naturaleza. Hay, por lo tanto, una sola naturaleza de Dios en la divina Trinidad (ninguna otra que no sea la naturaleza del Padre) con tres hipóstasis que la expresan de manera característica: el Padre expresa su propia naturaleza como la única Causa No Causada de la Divinidad (*Aitia*); el Hijo expresa la naturaleza del Padre (no la suya propia) como hipóstasis filiada, y el Espíritu la expresa como hipóstasis procedida. La procedencia única tanto del Hijo como del Espíritu del Padre solamente preservó así el sentido cristiano de un solo Dios supremo.¹²

En su unidad triuna, Dios permanece Uno Solo.

La Ortodoxia siempre ha insistido en la monarquía del Padre por la cual se entiende que el Padre solamente envía al Hijo y es del Padre solamente que procede el Espíritu (Juan 15:26). El Concilio de Toledo (589 d.C.) en el occidente (siguiendo a San Agustín) y luego los Francos en Germania exhortados por el Papa Nicolás I (papa desde 858 hasta 867 d.C.) insertaron el filioque porque pensaban – erróneamente y en el contexto de la historia previa de la batalla contra el Arrianismo – que el Hijo debía compartir en la procesión del Espíritu para ser de la misma naturaleza con el Padre (como Dios).

Es una lógica incorrecta porque:

- a) Privaría al Espíritu de la divinidad completa sobre este análisis ya que el Espíritu no es responsable de ningún engendramiento o procesión.
- b) No es necesario para la divinidad de NINGUNA de las tres personas que ALGUNA persona tenga un papel principal en el envío o la procesión de otra. El Padre es Dios, por supuesto, pero no en virtud de su monarquía. Su monarquía lo hace la Fuente atemporal de la Palabra y del Espíritu, pero no de tal manera que el Hijo tenga que compartir esta monarquía cooperando en la procesión del Espíritu para ser Dios también. El Espíritu es Dios no menos que el Hijo; y no existe deficiencia alguna al respecto con ambos por la razón de que ambos difieran al Padre en cuanto al engendramiento y la procesión. La divinidad es asegurada por la consubstancialidad, no por la función diferencial.

Algunos dicen que los ortodoxos deberían aceptar que el Espíritu procede del Padre *por* el Hijo; y citan a San Máximo el Confesor que en el siglo VII dio al Occidente el beneficio de la duda al suponer que los Latinos solo intentaban afirmar la *acción* del Hijo de enviar al Espíritu

¹² Padre John Anthony McGuckin, “Filioque,” en *The Westminster Handbook to Patristic Theology* (Londres: Westminster John Knox Press, 2004), p.144.

procedente del Padre en el tiempo - o sea, en la economía divina de la Encarnación. Los ortodoxos no tienen nada en contra de ello, pero todavía no accedemos al filioque en el credo porque esta corta frase no puede soportar la ambigüedad con la cual ha sido cargada; en cualquier caso, solo un concilio ecuménico puede tomar en consideración los asuntos del credo.

Para resumir, los papeles asignados de ser la Fuente atemporal (el Padre) en el engendramiento eterno del Hijo y en la eterna procesión del Espíritu no pueden ser comprometidos al llevar a la segunda persona de la Trinidad al papel de Padre sin destruir el aspecto único de la monarquía del Padre y la completa divinidad del Espíritu. Varias veces en la historia cristiana occidental (posterior al Cisma y especialmente después de la Reforma y la Contrarreforma) este desequilibrio en la teología occidental ha dañado gravemente la adoración y la experiencia de la Trinidad en las tradiciones erradas de Roma y de sus hijas cismáticas. Algunos ortodoxos incluso especulan que la "degradación" relativa del Espíritu permitió que el escolasticismo y el papado monárquico florecieran en el vacío espiritual que esta pequeña frase codificó.

Conclusión - La Trinidad: ¿Abstracción o Encuentro?

Después de San Agustín, que podría decirse marcó la pauta, el método occidental de teologización trinitaria comenzó a partir de una noción filosófica abstracta de monoteísmo y luego procedió a explicar cómo las hipóstasis podían ser acomodadas a este punto de comienzo. Cada vez más desde Agustín en adelante (*De Trinitate*), las hipóstasis fueron vistas simple y solamente como las relaciones trinitarias mismas en lugar de (como en el Oriente) una comunión de personas que poseen una sola esencia como Dios. En esta comunión de personas que asegura que nuestro lenguaje concuerde con (si bien es cierto que aproximada e inadecuadamente) la realidad del Amor divino y que en ese Amor se realice el encuentro transformador entre Dios y la creación. El Occidente, sin embargo, siguió cada vez más la noción de Agustín de que la unidad divina con el Espíritu no era más que un lazo de amor entre el Padre y el Hijo. ¡Tales perspectivas tendían a tratar la Trinidad como un problema a ser resuelto en vez de una gloriosa confesión de experiencia y adoración cristiana! Debemos recordar que aquí es donde comenzó la historia de la Trinidad - con la necesidad de revestir con palabras la experiencia en la Iglesia del Dios Triuno - ¡no con el acertijo filosófico acerca de cómo algo puede ser uno y tres al mismo tiempo, o incluso triángulos y hojas de trébol!

Esta reflexión sobre la Trinidad en esta clase E-Quip puede haber parecido técnica e incluso pedante a veces; sin embargo, la teología sólida es esencia tanto para el crecimiento de la Iglesia como para nuestro propio crecimiento como seres humanos y miembros de la Iglesia. El Padre Boris ha insistido con razón en que:

Lo que decimos acerca del Dios trinitario tiene repercusiones en la vida de la Iglesia y en el desarrollo espiritual de los seres humanos, ya que ambos son imagen de la vida trinitaria. En última instancia, es la experiencia del Espíritu a través de la vida sacramental y litúrgica de la Iglesia la

que abre la comprensión del corazón a la visión verdaderamente teológica y espiritual de la Trinidad en toda su plenitud y verdad.¹³

Es precisamente esta “visión verdaderamente teológica y espiritual de la Trinidad en toda su plenitud y verdad” la que tratan de aumentar esta clase E-Quip y la próxima clase, unidas con la participación en “la vida sacramental y litúrgica de la Iglesia”.



¹³ Bobrinsky, p. 58. El Padre Boris documenta una larga lista de teólogos ortodoxos modernos que han insistido en la importancia de rechazar la cláusula del filioque en el credo ortodoxo incluyendo a Vladimir Lossky, el Padre George Florovsky, el Obispo Cassian Bezobrazoff, el Padre John Meyendorff, Serge Verkhovsky, Metropolitano John Zizioulas, el Padre Nicholas Afanasiev, Paul Evdokimov, Nikos Nissiotis y Olivier Clément. Vea pp. 57-58 para las referencias completas. Vea también las muchas referencias a la Trinidad en: Padre Andrew Louth, *Modern Orthodox Thinkers: From the Philokalia to the Present* (Londres: SPCK, 2015).